

EL CASO LISENKO: UNA RELECTURA

ALCIÓN CHERONI

Universidad de la República • Montevideo (Uruguay)

RESUMEN

El caso Lisenko ha sido uno de los acontecimientos que más han conmovido al mundo científico en el siglo XX. La unánime condena de las comunidades científicas a la demarcación entre ciencia burguesa y ciencia proletaria, y la denuncia a las actividades de los seguidores de Lisenko como una patología de los regímenes totalitarios, crearon un cuadro de situación altamente complejo. Más allá de la discusión estrictamente científica lo que permanece es el problema de la vinculación de las comunidades científicas con el poder político. En este trabajo proponemos una revisión del caso Lisenko a partir de un abordaje epistemológico centrado en la relación ciencia e ideología.

ABSTRACT

The Lisenko case has been one of the events that have moved strongly the 20th Century scientific community. The unanimous condemnation of the scientific communities to the demarcation between bourgeois science and proletarian science, and the denunciation of Lisenko's followers activities as a pathology of the totalitarian political system, created a highly complex situation. Beyond the strictly scientific discussion, remains the problem of the relationship between scientific communities and political power. In this paper we propose a revision of the Lisenko case, from an epistemological approach focused on the relationship between, science and ideology.

Palabras clave: Lisenko, Ciencia e ideología, Socialismo, Marxismo, Planificación, Libertad, Colectivización, Psicología, Siglo XX.

I

El 7 de agosto de 1948 finalizaban las sesiones de la *Academia Lenin de Ciencias Agrícolas de la URSS* [ACADEMIA, 1949] deliberaciones que se habían iniciado el 31 de julio de ese año con un informe de T. Lisenko acerca de *La situación de las ciencias biológicas*. Con excepción del juicio a Galileo nunca otro debate sobre cuestiones científicas y metacientíficas había provocado una conmoción tan profunda en la comunidad científica como este denominado *caso Lisenko*.

Las reacciones fueron violentas, variadas y paradójicas. Las controversias científicas estuvieron claramente mediadas por las concepciones ideológicas y políticas de los contendientes, provocando una escisión profunda en las estructuras institucionales del sistema político.

Para la mayoría de los científicos del mundo capitalista la resolución de la Academia Lenin era un caso patológico que rompió con las normas y el *ethos* científico establecido desde la modernidad.

La intervención política y la valorización ideológica de los resultados de la investigación científica —tal como se expresaron en los debates y las resoluciones de las sesiones de la Academia Lenin— fueron reprobados como uno de los males que genera la intervención del Estado en la actividad científica. Todas las cuestiones que inevitablemente surgen a partir del análisis de la relación entre ciencia e ideología están cruda y diáfananamente concentradas en el caso Lisenko: desde la problemática de la planificación científica (con el consabido tema de la libertad de investigación) hasta la exploración de la estructura y naturaleza de la ciencia.

El caso Lisenko es uno de esos acontecimientos históricos en que la comunidad científica tiene la oportunidad de profundizar colectivamente en el valor social de la ciencia y explorar autocríticamente la práctica científica en toda su amplitud. Razones extra científicas quebraron esa oportunidad, quedando todo el proceso a mitad de camino.

Si la comunidad científica soportó tantas agresiones epistemológicas, algunas incluso llegando al límite de disolver la verdad científica en la nada gnoseológica, vg. las tesis convencionalistas, instrumentalistas, constructivistas y pragmatistas que han alimentado, a partir de la llamada *crisis de la materia*, al

sistema científico de posturas irracionalistas, ¿por qué, entonces, agravarse frenéticamente con las propuestas de Lisenko?

Si la comunidad científica se enfrentó al fundamentalismo racista de la *ciencia aria* sin por ello descalificar la calidad de los científicos, físicos, biólogos o matemáticos nazis, ¿cuál era el tema de la propuesta de Lisenko que provocó tan formidable encono internacional?

Si la comunidad científica continúa aún en la actualidad lidiando contra tendencias inequívocamente anticientíficas, como las que postulan los integrantes del *programa fuerte de la sociología de la ciencia* o el epistemólogo Paul K. Feyerabend, entonces ¿por qué convertir a los lisenkistas en réprobos irredimibles? [BUNGE, 1993].

Confrontadas unas y otras situaciones no hay duda de que en el caso Lisenko han intervenido otras cuestiones que trascienden estas problemáticas y que se manifiestan en el contenido político-ideológico de los juicios emitidos.

En la maraña de argumentos y contra argumentos que envuelven el caso Lisenko ha quedado velado el centro de la problemática. Lisenko no puso solamente en cuestión los fundamentos, los objetivos, los métodos, el *ethos* mismo de la ciencia (éstas son cuestiones rutinarias para los epistemólogos), sino que el agravio proviene de que colocó en el orden del día de la discusión metacientífica nada menos que el valor *ab aeterno* del paradigma de la ciencia establecida.

Lisenko recreó la tesis marxista de la correspondencia entre el modo de producción y el carácter de la ciencia. Si la ciencia galileana es inconmensurable con la ciencia aristotélica se debe a que una es la ciencia del capitalismo y otra la de la sociedad esclavista. Solamente en este sentido puede sostenerse el carácter de clase de la ciencia.

El error de Lisenko no radica en haber defendido esta tesis, sino en postularla como la alternativa que debía confrontar al Estado soviético con el mundo capitalista. En este contexto operó como paradigma de esta versión *socialista* sobre la producción científica, al aplicar, también en este nivel del proceso social, la tesis revisionista de Stalin sobre la posibilidad de construir plenamente el socialismo en un solo país [STALIN, 1946], la cual, al ser proyectada por Lisenko y seguidores a la producción científica, culminó en la afirmación aberrante (para el tiempo y el espacio histórico en que se postuló) de la *ciencia proletaria*.

Releer a Lisenko a casi cincuenta años de la resolución de la Academia Lenin exige contextualizar socialmente su discurso teórico y profundizar la crítica epistemológica del lisenkismo a la luz del marco filosófico desde el cual se proyectó: el materialismo dialéctico. Se trata, entonces, de abrir a la discusión académica una nueva instancia de reflexión crítica a la siempre actual cuestión de la relación entre ciencia e ideología. Para evitar la infecundidad de los lugares comunes habituales al discurso epistemológico institucional, promovemos el análisis crítico del lisenkismo desde el punto de partida coincidente con el sostenido por el biólogo inglés Julián Huxley, uno de los más vigorosos opositores a Lisenko:

[...] los aspectos científicos de la controversia son secundarios con respecto a la cuestión, más importante, de la libertad y unidad de la ciencia [HUXLEY, 1952, p. 71.]

Punto de partida que completamos con la orientación metodológica de Medvedev, otro expositor radicalmente opuesto a Lisenko que sostiene que sin atender al contexto histórico, económico y social no se puede entender el lisenkismo.

Adóptese la posición que se adopte frente al lisenkismo nadie puede eludir el hecho de que esta controversia tiene una dimensión política concreta. El lisenkismo fue un producto de la política científico-tecnológica desarrollada por el Partido Comunista de la Unión Soviética a partir de la transición de la Nueva Política Económica (NEP) a la economía planificada. El debate sobre las orientaciones biológicas se entrelazó con la cuestión de la construcción económica en la URSS. La sesión de la Academia de 1948 es el final de esa etapa que comenzó a principios de la década de 1930. La fecha es significativa, fue el fin de la NEP y el inicio de la industrialización y la colectivización. El lisenkismo se corresponde entonces con las dos orientaciones políticas que sobre el desarrollo económico adoptó el Partido Comunista y definidas por Stalin en forma concisa: una primera etapa donde la técnica estaba al mando y una segunda donde el mando será ocupado por los cuadros [STALIN, 1946]. Es sugestivo que en ninguna de estas etapas fueran las masas las que tuvieran el mando.

II

Después de leer las 590 páginas que componen la versión en castellano de las actas taquigráficas de la Sesión de la Academia Lenin de Ciencias Agrícolas de la URSS podemos concluir que la cuestión fundamental a la cual refiere esa polémica que conmovió a la comunidad científica soviética —y trasladada al

sistema científico internacional— giró en torno a la construcción de conocimiento científico. Por un lado se afirmó la tesis de que la ciencia debe reflejar la estructura económica y las relaciones sociales de la sociedad soviética y, asimismo, que su objetivo explícito era servir al desarrollo económico del país. Si bien nadie puede rechazar la necesidad de que la ciencia se aplique directamente al desarrollo productivo, muy pocos pueden aceptar pacíficamente de que la ciencia esté condicionada por las relaciones sociales. Las implicaciones epistemológicas de esta postura son extremadamente graves para la comunidad científica, pues exige aceptar la tesis fuerte, tal como la definió el intelectual comunista francés J.T. Desanti, de que *la ciencia es también objeto de lucha de clases, cosa de partido* [LECOURT, 1979, p. 23, nota 7].

Salida a la circulación pública era inevitable que una tesis que agredía las normas institucionales básicas del *ethos* científico (especialmente la neutralidad política e ideológica y la unidad y carácter internacional de la ciencia) concluyera con una reacción violenta contra el lisenkismo por parte de la comunidad científica internacional. Para los científicos del mundo capitalista oponerse a las tesis del lisenkismo implicaba asumir la defensa de un estilo de producir conocimiento científico. Estilo que, avalado por una práctica y una metodología experimental, tiene su origen en la época moderna. Precisamente esta visión —consecuente con la tradición etnocéntrica de la burguesía europea— sobre *la revolución científica moderna* demuestra inequívocamente que la mayoría de los integrantes de la comunidad científica contemporánea están atrapados por esa tesis radical de que sólo es ciencia la que se inicia con Galileo. Esta propuesta epistemológica es lugar común en tendencias filosóficas divergentes y está consolidada tanto en la interpretación científicista propuesta por Comte como en la fenomenología de Husserl, en la filosofía irracionalista de Heidegger e, incluso, se refleja en algunas líneas epistemológicas de raíz marxista. Su opción implica, implícitamente, aceptar el carácter de clase de la ciencia, en la medida en que se reconoce como ciencia un conocimiento que es producto exclusivo de la burguesía europea [HUSSERL, 1973 y 1984; HEIDEGGER, 1960]

Esta concepción eurocentrista se convalida y consolida a partir del impacto social que provocan los resultados materiales de la ciencia moderna y su formidable desarrollo en el mundo contemporáneo. Es esta suerte de pragmatismo el que ha terminado por atrapar ideológicamente a los intelectuales occidentales. La universalización de ese estilo científico, forjado en la Europa capitalista entre los siglos XVI y XVIII, resultado de la expansión colonial y el

dominio del mercado mundial por las potencias europeas, ha concluido por imponer este modelo: que cuando hablamos de ciencia nos estamos refiriendo inequívoca y únicamente a la *ciencia occidental*. Para esta visión no hay otra ciencia —en esta precisión no nos estamos refiriendo a esos productos bastardos promocionados comercialmente en los medios masivos de comunicación o al frenesí nihilista de los irracionalistas—. Para desmontar esa concepción ideológica sobre el carácter exclusivo de la ciencia occidental son concluyentes las investigaciones de Joseph Needham sobre la ciencia y la tecnología en China [NEEDHAM, 1959ss y 1977].

Avancemos un poco más en torno a esta visión ideologizada tomando como ejemplo la promocionada obra de Thomas S. Kuhn sobre *La estructura de las revoluciones científicas*. En su texto leemos expresiones tales como:

Todas las civilizaciones de las que tenemos registros han poseído una tecnología, un arte, una religión, un sistema político, leyes, etc. En muchos casos, estas facetas de la civilización han sido desarrolladas como las nuestras. Pero sólo las civilizaciones que descienden de la Grecia helénica poseyeron algo más que una ciencia rudimentaria. El caudal de conocimientos científicos es un producto de Europa en los últimos cuatro siglos. Ningún otro lugar o época ha contado con las comunidades tan especiales de las que procede la productividad científica [KUHN, 1971, pp. 258-259].

Esta argumentación permite que nos acerquemos a los fundamentos histórico-epistemológicos que concluyen determinando que las únicas revoluciones científicas que los historiadores y filósofos de la ciencia reconocen como tales son aquéllas que se producen desde y en el interior del sistema científico occidental. De ahí que conmociones como la que generó el lisenkismo no solamente no sean aceptadas como revoluciones científicas, sino que inmediatamente son invalidadas siquiera como ciencia, en tanto se expresen en términos políticos. En la obra citada Kuhn advierte de las consecuencias y censura a quienes promueven esa conducta:

Si la autoridad aislada, sobre todo si se trata de una autoridad no profesional, fuera el árbitro de los debates paradigmáticos, el resultado de esos debates podría ser todavía una revolución, pero no sería una revolución científica. La existencia misma de la ciencia depende de que el poder de escoger entre paradigmas se delegue en los miembros de una comunidad de tipo especial [KUHN, 1971, p. 258].

¿Qué implicaciones epistemológicas se pueden extraer de estas afirmaciones? En primer lugar, que la historia social de la ciencia (llamada externalista) es una empresa vana, puesto que en vez de investigar el sistema *tal cual es* y sus

productos *tal cual se nos dan*, pretende explicar uno y otros desde fuera. En segundo lugar, coayuda a solidificar, con una argumentación retórica atractiva, las tesis convencionalistas e internalistas más extremas. En cualquiera de estas dos alternativas el conocimiento científico queda prisionero del relativismo idealista.

Sin embargo, la historia de la ciencia es un impresionante muestrario de hechos que prueban que existe una estrecha vinculación entre la ciencia y la lucha de clases. Los programas de investigación científica estructurados y puestos en práctica en los distintos períodos de la historia de la sociedad occidental (para referirnos solamente a esta área geográfica de la evolución de la humanidad) muestran con elocuencia esa vinculación entre los intereses sociales y políticos de las clases con la producción de conocimiento científico.

En la sociedad esclavista clásica existieron programas de investigación científica, tales como el idealista de Platón, el realista de Aristóteles y el materialista de Demócrito, que antagonizaron entre sí y que representaron líneas de desarrollo del conocimiento científico dirigidas notoriamente por intereses de sectores de la clase dominante, expresados con claridad en sus fundamentos filosóficos y políticos. Pero a esos programas les unía un principio social común: representaron inequívocamente, a nivel de los fundamentos teóricos de la ciencia, los intereses de los dueños de los esclavos. La ciencia en la sociedad esclavista es una ciencia producida por los esclavistas y al servicio de los intereses económicos, sociales y políticos de la clase dominante. Repásense, a modo de ejemplo, algunos textos del *Corpus Hipocrático* y las referencias en los diálogos platónicos sobre las *tres medicinas* (para hombres libres, para artesanos y para esclavos), donde se trata de cómo y para quiénes se produce conocimiento, y se podrá percibir en su total dimensión el carácter de clase de la ciencia clásica. Igual relación con los intereses de clase padecieron las ciencias formales como las matemáticas y la lógica.

El programa platónico puesto en práctica en la Academia, sostenido en la concepción filosófica idealista de raíz pitagórica y al servicio de la aristocracia antidemocrática pro-espartana es un caso paradigmático de *ciencia de clase*. Platón colocó sin tapujos la verdad científica bajo el severo control de la política de clase y estableció como principio epistemológico que lo prioritario en el proceso de construcción del conocimiento era *salvar los fenómenos* [FARRINGTON, 1965 y 1968].

Teniendo en cuenta estas consideraciones entendemos que es una objeción tramposa cubrir de ignominia al lisenkismo por no respetar el *ethos científico* y no descargar con la misma fuerza de represión (censura) epistemológica sobre líneas de desarrollo del conocimiento científico que, como el programa platónico, tuvieron y tienen en sus continuadores un grado de irrespetuosidad tan señalado como el que ahora se denigra.

III

Ningún producto de la actividad social de los hombres (incluido la ciencia) es inmune ni a la infección ideológica ni a la aplicación del conocimiento, uno y otro dirigidos a solventar los intereses de clase. Pero, al contrario de otros productos humanos, el conocimiento científico es objetivo, lo cual exige que en el proceso de su producción los científicos asuman autocriticamente la existencia de formidables bloqueos sociales (ideológicos, institucionales, políticos, epistemológicos) que obstaculizan el desarrollo de la ciencia. Lo interesante del lisenkismo fue hacer visibles esos obstáculos, asumirlos como el resultado de las relaciones sociales y traducirlos a nivel de los intereses de clase en un momento histórico caracterizado por la exacerbación de los enfrentamientos entre la URSS y las potencias capitalistas. Por supuesto que no estamos dispuestos a ser benevolentes con los excesos políticos representados por la represión administrativa contra los genetistas mendelistas. Los mismos caracterizan una metodología represiva condenable, más aún cuando se efectuaba en nombre del socialismo. Esas prácticas políticas también fueron el resultado de los procesos sociales acaecidos a partir de la Revolución de Octubre, y el lisenkismo no puede ser analizado sin tener en cuenta esa perspectiva histórica.

A treinta años de la Revolución de Octubre la URSS emergía de la guerra como una potencia mundial. Sin embargo, esa potencialidad visible había sido conseguida a través de un esfuerzo y un costo social formidable que, medido en vidas humanas y devastaciones materiales, carece de parangón. En esos treinta años a partir de la toma del poder de los bolcheviques transcurre el *comunismo de guerra*, se pasa por la breve experiencia de la NEP y se culmina con los planes quinquenales de industrialización y la colectivización del campo. La URSS se convirtió en un inédito laboratorio social. Ha sido, hasta la Revolución china y sin dejar de reconocer los errores y los horrores que supuso, la experiencia política de masas por construir una sociedad sin explotados ni explotadores más impresionante que haya conocido la historia humana, en la cual, al decir de

Lenin en 1918, *el socialismo ha dejado de ser una cuestión de discrepancias entre los partidos para convertirse en un problema de la vida* [LENIN, 1980ss, vol. 36, p. 524].

El lisenkismo está anudado a las vicisitudes de la revolución rusa a partir del proceso de colectivización que se inicia a finales de la década de los 20. En el seno del partido bolchevique se dirimen en esos años las tendencias en conflicto entre la *oposición de izquierda* encabezada por Trotsky, la *desviación de derecha* cuya cabeza visible es Bujarin y la línea mayoritaria dentro del partido que dirige Stalin. Dos son las cuestiones que dividen a estas tendencias. Una tiene relación con el proceso de industrialización acelerado que, inicialmente propuesto por la *oposición de izquierda*, es retomado por Stalin y puesto en marcha con el primer plan quinquenal. La otra se refiere a la cuestión agraria, es decir, al desarrollo de la colectivización del campesinado. Las objeciones teóricas y prácticas que opuso el grupo de Bujarin a ese doble programa de transformaciones económicas, sociales y tecnológicas radicales se fundaron en considerar que su puesta en marcha suponía adelantarse a los ritmos históricos y, por tanto, agravaba críticamente la situación de la clase obrera, debilitada por la sangría de la guerra civil. Según Bujarin era necesario extender el período de desarrollo de las relaciones mercantiles capitalistas desatado por la NEP antes de avanzar hacia un proceso de socialización completa de la economía. Pese a la fuerte oposición existente en el seno del partido, el llamado *gran viraje* fue puesto en el orden del día. Su primer efecto fue potenciar la capacidad de las fuerzas sociales revolucionarias (obreros y campesinos pobres) en el desarrollo de las bases materiales del socialismo a través de la revolución industrial. El proceso culminó exitosamente y la Unión Soviética pasó de ser un país económicamente atrasado a convertirse en una potencia industrial [BETTELHEIM, 1978].

Uno de los teóricos de la *izquierda*, Evgeni Preobrazhenski, definió esta etapa como el período de *acumulación socialista originaria* [PREOBRAZHENSKI, 1968; TROTSKY *et al.*, 1974] precisamente porque su objetivo era fundar la base material necesaria para hacer viable el camino hacia relaciones económico-sociales socialistas. En este sentido la paradigmática frase de Lenin, *el socialismo son los soviets más la electrificación*, concentra el caudal teórico que sobre el tema los bolcheviques heredaron de Marx y Engels.

El resultado más espectacular de esta experiencia que se inicia con el primer plan quinquenal fue la incorporación de centenares de miles de trabajadores de

la industria y del campo al proceso de construcción económica y científico-tecnológica. Implicó cambios radicales en la práctica productiva —fundamentalmente la agrícola— y a través de la iniciativa de las masas incidió en el nacimiento de una capa de tecnólogos que contribuyó a promover innovaciones tecnológicas significativas para un país de masas campesinas mayoritariamente analfabetas [STALIN, 1946; CARR, 1972ss.; ELLEINSTEIN, 1975].

El lisenkismo fue la expresión teórico-ideológica de las experiencias de miles de trabajadores y tecnólogos agrícolas forjados en ese proceso de colectivización agrícola. En sus expresiones públicas se reflejan nítidamente los intereses de estas nuevas capas sociales surgidas a partir del *gran viraje*. Lisenko, un tecnólogo agrícola, asumió la representación ideológica de esos sectores que pugnaban por asumir un papel político significativo en la sociedad soviética. Para cualquier persona medianamente enterada del desarrollo de la ciencia esta interrelación entre ciencia y tecnología —o, para decirlo con Engels, lo que la ciencia debe a la tecnología— no debería ser considerada una interpretación sin fundamento de la evolución del conocimiento científico. Por más que le cueste reconocerlo a historiadores de la ciencia de la valía de Alexandre Koyré, tanto los fundadores de la ciencia moderna (Galileo, Harvey, Descartes, etc.) como los constructores de la ciencia en el período de la revolución industrial (Darwin, Pasteur, Liebig, etc.) remiten explícita e inequívocamente a los sectores tecnológicos de los centros de producción industrial y agrícola como fuentes originales de la creatividad científica. Galileo y Darwin (por tomar sólo dos de estos nombres) expresaron su deuda con los tecnólogos con suficiente claridad, tal y como se expresa en estos párrafos de Galileo:

Pienso que la frecuente actividad en vuestro famoso arsenal, Señores Venecianos, ofrece un gran campo para filosofar a los intelectos que especulan, especialmente, en aquella parte que se denomina mecánica, en donde se construyen continuamente todo tipo de instrumentos y de máquinas por medio de un gran número de artesanos, algunos de los cuales han de ser entendidos y con un talento muy agudizado debido tanto a las observaciones como a lo que van descubriendo ellos mismos sin interrupción [GALILEI, 1981, p. 67].

Y en éstos no menos clarificadores de Darwin:

Todas mis nociones sobre como cambian las especies derivan de un largo estudio de los trabajos de agricultores y horticultores [LIMOGES, 1976, p. 110].

En las circunstancias políticas en que se encontraba la URSS hacia fines de los 40 los científicos y tecnólogos fueron conscientes de que no podían elu-

dir el encorsetamiento ideológico dogmatizado escolásticamente desde el poder estatal. Tan fuerte era la represión ideológica que todos los participantes en la sesión de la Academia Lenin, sin exceptuar ninguna de las tendencias, tributaron su adhesión al doctrinarismo estalinista. En este sentido, la disputa entre lisenkistas y mendelistas, tal como se reproduce en las Actas, es un discurso monocorde desde el cual unos y otros se adelantan a declarar su fidelidad a la doctrina filosófica oficial. Tanto la infertilidad probada de esta forma de encarar el desarrollo científico, como la degradación personal y colectiva del trabajo intelectual que la misma supone nos eximen de ser reiterativos en su justa condena. Al igual que en los oprobiosos juicios públicos contra los opositores ocurridos en Moscú entre 1936 y 1938, las declaraciones finales de los participantes en la sesión de la Academia de 1948 son un muestrario de lamentables capitulaciones.

Los textos científicos y propagandísticos de Lisenko, sin soslayar las anteriores consideraciones, deben leerse teniendo en cuenta el proceso de integración de esas nuevas capas sociales en el aparato del partido y del Estado —cuya raíz se encuentra en la industrialización y colectivización de los años 30— y las conmociones ideológicas producidas por esos grandes virajes económicos, sociales y políticos. Esa integración social modeló una nueva capa de intelectuales que se convirtieron en los más decididos defensores y propagandistas del sistema político y social soviético y se transformaron en portavoces entusiastas y acríticos de los programas económicos y las concepciones ideológicas dominantes. La fuerza social del estalinismo tiene su base en la consolidación y ascenso de una capa de nuevos tecnócratas que se convirtieron en la columna vertebral de la burocracia soviética, desplazando a los vestigios de la vieja burocracia zarista y a los administradores bolcheviques que adherían a las tendencias opositoras [LENIN, 1980ss; TROTSKY, 1938; DEUTSCHER, 1965, 1967ss y 1980; ELLENSTEIN, 1975].

En estas peculiares condiciones de origen y crecimiento de esas capas intelectuales en la URSS puede rastrearse el talón de Aquiles del lisenkismo.

IV

La tesis maestra y más polémica del lisenkismo, la que se refiere a la constitución de una *ciencia proletaria*, es una consecuencia directa de la concepción estalinista sobre la viabilidad de construir el *socialismo en un sólo país*

[STALIN, 1946]. El propio Lisenko publicitó los elementos que constituyen los fundamentos del diseño teórico propuesto:

«La agricultura socialista, el régimen de los koljoses y sovjoses ha engendrado una Biología nueva, propia, michurinista, soviética, que se desarrolla en estrecha unidad con la práctica agronómica, como Biología agronómica» [ACADEMIA, 1949, p. 14].

Las objeciones a las tesis de Lisenko sobre el carácter de clase de la ciencia en la URSS, si se pretende que trasciendan lo retórico, deben realizarse desde la perspectiva teórica desatada por la concepción estalinista del socialismo. No se puede soslayar tampoco que hacia 1948 el movimiento comunista internacional (con excepción de los trotskistas y algunos socialistas de izquierda e individuos aislados) adhería sin críticas a la doctrina defendida por Stalin de que la URSS era una sociedad socialista completa. Esta certidumbre, teórica y prácticamente errónea, condujo a la conclusión equivocada de Lisenko de que la ciencia producida en la URSS era una ciencia socialista, proletaria. Este error es consecuencia inevitable de entender al socialismo como un modo de producción, una desviación teórica grave de los principios del marxismo —que lo considera como *la primera fase de la sociedad comunista*—. La Unión Soviética no pasó nunca del período de transición entre el capitalismo y el comunismo que Marx denominó —en la *Crítica del Programa de Gotha*— *la dictadura revolucionaria del proletariado* [MARX, 1946] y, lo que es más grave, ya en la época en que se impone el lisenkismo se estaban procesando las contradicciones sociales que culminarían con la restauración capitalista.

Desde el punto de vista de la teoría marxista tal como se presenta en los clásicos la tesis de Lisenko tomada en abstracto no es errónea. Marx y Engels ya habían subrayado la vinculación indisoluble entre la práctica productivo-tecnológica y el reflejo de la lucha de clases en la construcción de la ciencia [MARX, 1982 y MARX & ENGELS, 1975]. Al analizar la función de la ciencia y los científicos a la luz de la experiencia de la Comuna de París de 1871, concluía Marx a propósito de esta brevísima práctica político-cultural del proletariado:

La clase obrera [convertirá] la ciencia de un instrumento de dominación de clase en una fuerza popular, [hará] de los mismos hombres de ciencia no ya alcahuetes de los prejuicios de clase, parásitos del Estado a la cacería de buenos puestos y aliados del capital, en agentes libres del pensamiento. La ciencia solamente puede desempeñar su auténtico papel en la República del Trabajo [MARX, 1978, p. 198].

Marx y Engels definieron con claridad el papel teórico relevante de los trabajadores manuales en la construcción del conocimiento científico y la crítica al elitismo profesionalista que se acentuaba en las condiciones de la evolución del capitalismo:

Uno de los elementos de este proceso de transformación y espontáneamente desarrollado sobre la base de la gran industria, son las escuelas politécnicas y agronómicas; otro son las écoles d'enseignement professionnel, donde los hijos de los obreros reciben alguna instrucción tecnológica y en el manejo práctico de los diversos instrumentos de producción. Si la legislación fabril, como primera y mezquina concesión arrancada al capital, combina sólo la instrucción elemental al trabajo en las fábricas, no hay duda alguna de que la inevitable conquista del poder político por la clase trabajadora ha de conquistar también un lugar en las escuelas obreras para la enseñanza tecnológica, teórica y práctica. No es menos indudable que la forma capitalista de la producción y la situación económica de los obreros que a ella corresponde son diariamente opuestas a esos fermentos de transformación, y a su objeto, la abolición de la antigua división del trabajo. Pero el desarrollo de las contradicciones de una forma histórica de la producción es el único camino histórico hacia su disolución y metamorfosis. Ne sutor ultra crepidam (zapatero a tus zapatos), este nec plus ultra de la sabiduría artesana pasó a ser una terrible locura así que el relojero Watt hubo inventado la máquina a vapor, el barbero Arwight el telar continuo y el joyero Fulton el buque a vapor [MARX, 1918, p. 377].

Basta comparar ésta y otras expresiones de Marx y Engels sobre la ciencia para verificar sin violencia analogías ciertas con las propuestas de Lisenko en torno a la producción de conocimiento científico. Si de lo que se trata es de un análisis doctrinario referido al apego a la letra de los clásicos, entonces la vinculación con las tesis del marxismo no es el punto débil del lisenkismo. Pero un tratamiento de este tema que quedara anclado en una discusión de este tipo sería, para decirlo con Marx, una discusión escolástica, quizá interesante para quienes pierden el tiempo en ejercicios académicos vacíos, pero absolutamente infértil para contribuir al desarrollo creativo del conocimiento.

Tampoco es ajeno al marxismo clásico el establecer como un escenario teórico privilegiado de la lucha de clases el campo de las ciencias naturales. Las obras de Engels *Anti-During* y *Dialéctica de la naturaleza* y de Lenin *Materialismo y empiriocriticismo* son ejemplos elocuentes al respecto. En tales textos —expresiones contundentes del socialismo científico en función de las disputas teórico-prácticas en el seno del movimiento obrero socialista— se trata de incidir desde el materialismo dialéctico en el interior del sistema científico burgués. Es un aspecto clave del concepto leninista de la línea de partido

en filosofía. Si no se perciben estos puntos centrales de la relación del lisenkismo con el marxismo clásico (a pesar del bloqueo del dogmatismo imperante en la URSS) y no se establece la vinculación concreta con el contexto teórico surgido de la práctica del estalinismo, se termina por aceptar la interpretación paranoica del lisenkismo y se diluye la oportunidad de investigar su origen y evolución desde nuestra privilegiada perspectiva histórica actual.

V

¿Entonces, qué cuestiones epistemológicamente interesantes nos aporta el análisis del lisenkismo?

Frente al persistente dominio de la herencia idealista platónica de que el conocimiento es un problema (hoy todo buen académico se precia de ser *problematizador* y *pluralista*), de lo que se trata es de recuperar el legado materialista de que el conocimiento científico es un hecho social. La consecuencia ineludible (e insoportable para algunos) es que la ciencia, por tanto los científicos y los intelectuales en general, no tiene un estatuto privilegiado ni es autónoma respecto de las relaciones sociales. ¿Ciencia de clase? Si, en tanto entendamos la expresión como la visión de una ciencia que se construye en condiciones materiales impuestas por el capitalismo, que determinan que ese conocimiento objetivo sea dirigido por y en beneficio de la clase dominante. El lisenkismo no hizo otra cosa que contribuir a poner en cuestión el carácter capitalista del profesionalismo científico, sacó a luz todas las consecuencias negativas de la transformación del científico en trabajador asalariado y de la ciencia en mercancía. Exigió que los epistemólogos desarrollaran un programa que trascendiera las limitaciones académicas y examinaron autocríticamente la considerada intangible estructura social de la producción científica moderna. Este programa no era novedoso para la época, ni tampoco había fundamentos para que se le considerara como parte de la estrategia comunista para desprestigiar la ciencia occidental. También en éste caso basta revisar la historia del desarrollo de la ciencia desde la época moderna para constatar que visiones críticas de este tipo han pululado a lo largo de tantos siglos. ¿Acaso el movimiento romántico no colocó al sistema científico al borde del abismo? Y no solamente por las críticas a las consecuencias de la aplicación de la ciencia, sino, como en el caso de Goethe, tratando de destruir las bases epistemológicas de la ciencia.

La persistente actitud crítica de los lisenkistas hacia los fundamentos filosóficos de la ciencia moderna y los criterios sociales de su aplicación no debería ser condenada como un error sectario. Al contrario, debe ser retomada por todos aquéllos que luchan seriamente por transformar los condicionamientos mercantilistas a los que se ve sometido el trabajo intelectual.

Otra cuestión epistemológica no menor, implícita en todo el desarrollo de las polémicas sobre el lisenkismo, refiere al control y apropiación del conocimiento. En el debate epistemológico institucionalizado (formalizado en cursos, seminarios, textos, publicaciones periódicas, revistas, simposios, congresos, etc.) estos temas aparecen encubiertos por la cuestión central que domina a la historia y filosofía de la ciencia: producción y validación del conocimiento científico. En el caso del lisenkismo también los problemas epistemológicos estuvieron concentrados en los temas que acucian al institucionalismo científico y filosófico del mundo capitalista, pero cuando se afina el objetivo y se penetra en las entrelíneas del discurso de los contendientes, control y apropiación del conocimiento son los puntos donde se anudan las preocupaciones de unos y otros. Era inevitable que esta preocupación asediara a los intelectuales del mundo capitalista en cuanto el lisenkismo como propuesta de construcción del conocimiento aparecía como un operativo, sin el control por parte de la comunidad intelectual internacional, para apropiarse de los conocimientos originados fuera de la URSS. Los integrantes del sistema científico capitalista conocen su propia historia y saben que la viabilidad y prestigio de la ciencia que producen se debe no solamente a la objetividad y capacidad predictiva del conocimiento, sino que una y otra se han logrado por la brutal apropiación de conocimientos extraídos por la fuerza a los pueblos explotados. La ciencia moderna no es el resultado exclusivo de la inteligencia de los hombres europeos que la produjeron. Al desarrollo y expansión de esas inteligencias contribuyeron, con sus aportes y conquistas tecnológicas y científicas, las sociedades precapitalistas colonizadas por la burguesía europea: incas, aztecas, mayas, chinos, hindúes, las culturas negras africanas, etc.

Por ésta y otras cuestiones no dejan de ser paradójicas las críticas en este sentido al lisenkismo. Una comunidad intelectual que, como la occidental en su discurso público, ha pregonado como su mayor logro el universalismo del conocimiento (*la ciencia al servicio de la humanidad*, así, sin límites ni restricciones) se alarma cuando se utilizan, sin el pago del peaje correspondiente, sus productos. Esa paradoja desaparece cuando se la examina desde la perspectiva de los intereses económicos de la burguesía.

VI

A 50 años del triunfo del lisenkismo en la URSS y después de los avatares que padeció su doctrina biológica sigue vigente un interrogante epistemológico cuya resolución es clave para entender este fenómeno científico-social. *¿Fue el lisenkismo una revolución o una contrarrevolución científica?*

Ateniéndonos a los parámetros epistemológicos en uso, aquellos que son aceptados pacíficamente por *todas* las comunidades científicas, la respuesta es obvia e inequívoca, el lisenkismo debe ser considerado como una contrarrevolución científica. Esta postura, inicialmente oficializada desde el institucionalismo científico del mundo capitalista occidental, ha sido positivamente incorporada a la orientación antilisenkista que se transformó en hegemónica en la URSS después de la caída de Jruschov en las ciencias biológicas en general y en genética en particular. La novela *Los vestidos blancos* de Vladimir Dudintsev es un testimonio elocuente de este espectacular giro cuyo marco ideológico es el combate contra el *estalinismo* [DUDINTSEV, 1988]. Para comprender el alcance de este viraje y la distancia entre una y otra época es instructivo comparar la novela de Dudintsev con el libro de Safonov *La tierra verde*, una verdadera apología del lisenkismo [SAFONOV, 1951].

El lisenkismo no puede ser tomado como una patología de un sistema político autoritario. Por lo contrario, ha sido el resultado de la confluencia de condiciones materiales y espirituales de la sociedad soviética en la etapa del proceso de industrialización acelerada y de colectivización del campo. En tal sentido requiere analizarlo desde una perspectiva distinta, la que implicó el esfuerzo, por otra parte frustrado, de construir un sistema científico distinto al del mundo capitalista occidental [CHERONI, 1994].

VII

El biólogo francés Jaques Monod escribió en 1971 el juicio que transcribimos sobre Lisenko:

Los escritos del propio Lisenko demuestran pues, sin duda posible para quien posea un mínimo de cultura científica general, que el autor no era un hombre de ciencia, sino un charlatán o un paranoico; sin duda las dos [MEDVEDEV, 1971, p. 8].

Este juicio coincide con el no menos duro realizado veinte años antes por el biólogo inglés Julian Huxley, según el cual *científicamente sólo se puede describir a Lisenko como un analfabeto* [HUXLEY, 1952, p. 109].

Quizá en los autores de estas apreciaciones tan contundentes pesen algunos de los criterios y normativas curriculares que, para el trabajo intelectual, fueron establecidos a partir de la revolución industrial. Es en este contexto que la división entre trabajo intelectual y trabajo manual en el capitalismo opera como un severo controlador epistemológico, teniendo como fin el preservar los privilegios sociales que genera el profesionalismo y ocultar, como bien lo estudió Balzac en *Las ilusiones perdidas*, sus miserias.

No podemos suscribir estos juicios tan categóricos sobre la calidad científica de Lisenko en tanto siga sin dirimirse en el campo estricto de la biología el significado de los aportes de la teoría lisenkista. La historia de la ciencia no es un espacio ideológicamente neutral limitado a reconstruir cronológicamente los avances del pensamiento humano. Por el contrario, es el escenario vivo donde se dirimen las contradicciones sociales más profundas y en el cual la verdad y el error muchas veces aparecen enmascaradas. Hoy Lisenko y el mundo social en el cual trabajó están sepultados debajo de un espeso bloque de negaciones. No creemos tarea vana para los historiadores y filósofos de la ciencia, nuevamente preocupados por dilucidar la contradicción entre ciencia e ideología, volver a reflexionar sobre las tesis epistemológicas que subyacen en el discurso científico y político del biólogo soviético, así como las circunstancias materiales y espirituales que hicieron viable tanto su ascenso como su caída. Son precisamente estas cuestiones las que nos llevan al convencimiento que los debates de la *Academia Lenin de Ciencias Agrícolas de la URSS* dejan, entre otras enseñanzas para quienes trabajamos en el campo de la epistemología en instituciones estatales del mundo occidental, una guía metodológica no desdeñable. La más importante a mi entender (y espero que no se malinterprete la trivialidad de esta afirmación) es que los filósofos debemos obligarnos a reflexionar en relación con las cuestiones prácticas que acucian a nuestras sociedades colonizadas y empobrecidas por el imperialismo. El desarrollo de la ciencia y la tecnología, sus vínculos con la práctica productiva y con la actividad política e ideológica deberían comprender el programa y la estrategia de nuestras investigaciones y trabajos filosóficos. La relectura del *caso Lisenko* evoca los riesgos de una práctica filosófica integrada en el combate de las luchas sociales en el mundo real. Pero esos riesgos, que son menores frente a otros desbordes, se deben correr en tanto se defienda un estilo de trabajo filosófico

que, trascendiendo el papel conformista de descriptor neutral, acepte el reto creador de contribuir a *cambiar el mundo*. Habilitar la discusión de estas cuestiones, desde el plural espacio académico del III Simposio Galdeano y tomando como punto de partida una problemática epistemológica crítica es la única pretensión que tiene esta contribución.

BIBLIOGRAFÍA

- ACADEMIA (1949) *La situación en las ciencias biológicas*. Actas taquigráficas de la Sesión de la Academia Lenin de Ciencias Agrícolas. 31 de julio - 7 de agosto de 1948. Buenos Aires, Editorial Sendero.
- ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA URSS (1970) *Lenin y las ciencias naturales contemporáneas*. Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos.
- ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA URSS (1973) *La ciencia en la Unión Soviética*. Moscú, Mir.
- BETTELHEIM, Charles (1976) *La lucha de clases en la URSS. Primer período (1917-1923)*. Madrid, Siglo XXI.
- BETTELHEIM, Charles (1978) *La lucha de clases en la URSS. Segundo período (1923-1930)*. Madrid, Siglo XXI.
- BERNAL, John (1967) *The Social Function of Science*. Cambridge (Mass.), The M.I.T. Press.
- BOWLER, Peter (1985) *El eclipse del darwinismo*. Barcelona, Labor.
- BUNGE, Mario (1947) *La ciencia soviética vista por sabios británicos*. Buenos Aires, Editorial Calomino.
- CANON, W.B. et al. (1945) *La ciencia en la Unión Soviética*. Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte.
- CARR, E.H. (1972ss) *Historia de la Rusia soviética*. Madrid, Alianza, 14 vols.
- CHERONI, Alción (1994) *La ciencia enmascarada*. Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- DARWIN, Charles (1959) *El origen de las especies por medio de la selección natural*. México, UNAM, 2 vols. [Estudio preliminar de Juan Comas].
- DARWIN, Charles (1984) *Autobiografía y cartas escogidas*. 2ª ed. Madrid, Alianza, 2 vols. [Selección de Francis Darwin].
- DARWIN, Charles (1984) *La expresión de las emociones en los animales y el hombre*. Madrid, Alianza.
- DEUTSCHER, Isaac (1965) *Stalin. Biografía Política*. México, ERA.
- DEUTSCHER, Isaac (1967ss) *Trotsky*. México, ERA, 3 vols.
- DEUTSCHER, Isaac (1980) *La revolución inconclusa. 50 años de historia soviética*. 6ª ed., México, ERA.
- DUDINTSEV, Vladimir (1988) *Los vestidos blancos*. Barcelona, Península.

- ELLENSTEIN, Jean (1975) *Historie de l'URSS*. 2ª ed. Paris, Editions Sociales, 4 vols.
- FARRINGTON, Benjamín (1965) *Ciencia y política en el mundo antiguo*. Madrid, Ciencia Nueva.
- FARRINGTON, Benjamín (1968) *La rebelión de Epicuro*. Barcelona, Ediciones de Cultura Popular.
- GALILEI, Galileo (1981) *Consideraciones y demostraciones matemáticas sobre las nuevas ciencias*. Madrid, Editora Nacional.
- GRAHAM, Loren R. (1976) *Ciencia y filosofía en la Unión Soviética*. Madrid, Siglo XXI.
- HALDANE, J.B.S. (1946) *La filosofía marxista y las ciencias*. Buenos Aires, Siglo Veinte.
- HEIDEGGER, Martin (1960) *Sendas perdidas*. (Holwege) Buenos Aires, Editorial Losada.
- HUDSON, P.S. & RICHENS, R.S. (1975) *La nueva genética en la Unión Soviética*. Buenos Aires, Editorial Stilcograf.
- HUSSERL, Edmund (1973) *La filosofía como ciencia estricta*. Buenos Aires, Editorial Nova.
- HUSSERL, Edmund (1984) *Crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. México, Folios Ediciones.
- HUXLEY, Julian (1946) *La evolución síntesis moderna*. Buenos Aires, Editorial Losada.
- HUXLEY, Julian (1952) *La genética soviética y la ciencia mundial. Lisenko y el significado de la herencia*. México, Editorial Hermes.
- JORAVSKY, D. (1970) *The Lysenko Affair*. New York, Harvard University Press.
- KUHN, Thomas S. (1971) *La estructura de las revoluciones científicas*. México, Fondo de Cultura Económica.
- LAMARK (1986) *Philosophie zoologique*. Paris, Union Generale d'Editions [Présentation par Jean-Paul Aron].
- LECOURT, Dominique (1979) *Lysenko. Historia real de una 'ciencia proletaria'*. Barcelona, Laia [Prólogo de Louis Althusser].
- LENIN, V.I. (1980ss) *Obras Completas*. 5ª ed. Moscú, Progreso, 54 vols.
- LIMOGES, Camille (1976) *La selección natural. Ensayo sobre la primera constitución de un concepto (1837-1859)*. México, Siglo XXI.
- LISENKO, T.D. (1945) *El arte de dirigir la naturaleza de las plantas*. Buenos Aires, Editorial Lautaro.

- LISENKO, T.D. (1951) *La herencia y su variabilidad*. Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- MARX, Karl (1918) *El Capital. Crítica de la economía política*. Buenos Aires, Biblioteca de Propaganda «Ideal Socialista» [Trad. Juan B. Justo].
- MARX, Karl (1946) *Crítica del Programa de Gotha*. Buenos Aires, Editorial Lautaro [Con apéndices de Marx, Engels y Lenin].
- MARX, Karl (1978) *La guerra civil en Francia*. Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- MARX, Karl (1982) *Progreso técnico y desarrollo capitalista*. México, Ediciones Pasado y Presente.
- MARX, K. & ENGELS, F. (1975) *Cartas sobre las ciencias de la naturaleza y las matemáticas*. Barcelona, Anagrama.
- MEDVEDEV, Juárez (1971) *Grandeur et chute de Lysenko*. Paris, Gallimard [Preface de Jacques Monod].
- MENDEL, G. et al. (1964) *Cuatro estudios sobre genética*. Buenos Aires, Emecé.
- MICHURIN, I.V. (1967) *Obras Escogidas*. Moscú, Mir.
- MONOD, Jacques (1971) *El azar y la necesidad. Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna*. Barcelona-Caracas, Barral Editores-Monte Ávila Editores.
- MORGAN, Thomas H. (1921) *Evolución y mendelismo. Crítica de la teoría de la evolución*. Madrid, Calpe.
- MORGAN, Thomas H. (1943) *La base científica de la evolución*. Buenos Aires, Espasa-Calpe.
- NEEDHAM, Joseph (1959ss) *Science & Civilisation in China*. Cambridge, Cambridge University Press, 8 vols.
- NEEDHAM, Joseph (1977) *La gran titulación. Ciencia y sociedad en Oriente y Occidente*. Madrid, Alianza.
- PLATONOV, G.V. (1963) *Darwinismo y filosofía*. Buenos Aires, Editorial Lautaro.
- PRENANT, Marcel (1947) *Biología y Marxismo*. Buenos Aires, Editorial Problemas.
- PREOBRAZHENSKY, Evgeni (1968) *La nueva económica*. Córdoba (Argentina), Ediciones Pasado y Presente.
- SAFONOV, V. (1951) *La tierra en flor*. Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- STALIN, J. (1946) *Cuestiones del leninismo*. Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

- STALIN, J. (1954ss) *Obras*. Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 13 vols.
- STOLETOV, V. (1951) *¿Mendel o Lysenko? Dos caminos en biología*. Buenos Aires, Editorial Lautaro.
- TAGLIAGAMBE, Silvano (1978) *Scienza, filosofia, politica in Unione Sovietica, 1924-1939*. Milano, Feltrinelli Editore.
- TAGLIAGAMBE, Silvano (1979) *Scienza e marxismo in URSS*. Torino, Loescher Editore.
- TROTSKY, Leon (1938) *La revolución traicionada*. Buenos Aires, Editorial Claridad [Versión castellana del autor].
- TROTSKY, León *et al.* (1974) *El debate soviético sobre la ley del valor*. Madrid, Alberto Corazón Editor.
- VIESELOV, E.A. (1964) *El darwinismo*. Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos.
- WALLACE, Alfred R. (1914) *El mundo de la vida*. Madrid, Daniel Jorro.
- WARREN, L. & KOPROWSKY, H. (eds.) (1991) *New Perspective on evolution*. New York, Wiley-Liss.
- YAROLAVSKY, E. (1941) *Darwinismo y marxismo*. Buenos Aires, Editorial Problemas.